

suponer que en los pueblos más avanzados que habitan las mismas regiones, persiste la idea de que el ídolo del dios, en otro tiempo efigie de un hombre muerto, es residencia de un sér consciente;

«por mucha familiaridad que se permitan personas de ambos sexos, el único «escrúpulo que infaliblemente contiene á las jóvenes es un temor supersticioso «de hallarse á solas con sus amantes en presencia de tantas imágenes. Sin embargo, no es raro que se ponga término á este caso de conciencia cubriendo «con un velo á estos testigos.»

Iguales creencias se encuentran en razas sin relacion de origen con estas de que acabamos de hablar. Entre los naturales de las islas Sandwich, nos dice Ellis, despues que ha fallecido alguien en una familia, los sobrevivientes adoran «una imagen, á la cual se imaginan que de algun modo está unido el espíritu. Oro, el gran ídolo nacional, se creía generalmente que respondía á los sacerdotes. Fancourt, que cita á Cogolludo, nos dice que entre los habitantes del Yukatan, «cuando el Itzaex realizaba un acto de valor, sus ídolos, á quienes consultaba, acostumbraban á contestarle.» Nos refiere, segun Villagutierre, á quien cita, la historia de un ídolo que fué castigado: habia anunciado la llegada de los Españoles, pero habia engañado á los asistentes respecto al resultado de la invasion. Esta suposicion se halla aun mucho más autorizada por la leyenda quichuá. Hé aquí el extracto que tomamos de Bancroft:

«Y adoraban á los dioses que se habian convertido en piedra, Tohil, Avilix y Hacavitz; y les ofrecian sangre de animales y de pájaros; y se agujereaban «sus propias orejas y sus hombros en honor de estos dioses, y recogian la sangre con esponjas, y la exprimian en una copa colocada delante de ellos... Y «estos tres dioses, petrificados, como hemos dicho, podian sin embargo volver «á tomar forma dotada de movimiento cuando les placia; lo que, á la verdad, «hacian á menudo.»

No solamente en las razas inferiores se hallan ideas de este género. Dozy, en su *Histoire des Musulmans d'Espagne*, describiendo las prácticas y las ideas de los Árabes idólatras, dice:

«Cuando Amrolcáis se propuso vengarse de la muerte de su padre en los «Beni-Assad, se detuvo en el templo del ídolo Dhou-'l Kholosa para consul-

«tarlo mediante tres flechas llamadas, mandato, prohibicion, espera. Como «primeramente habia sacado prohibicion, hizo otra vez la prueba. Pero tres «veces sacó prohibicion, y viéndolo, rompió las flechas y tiró sus pedazos á la «faz del ídolo, exclamando: «Miserable, si hubiera sido tu padre el muerto, no «prohibirias su venganza.»

Encontramos un ejemplo de análogas creencias en los tiempos de la historia clásica; esto es lo que se refiere de la estatua de Memnon que producía sonidos. Entre las inscripciones que los visitantes pusieron en su pedestal, hay una suscrita por Gemellus: «En otro tiempo el hijo de Saturno, el gran Júpiter, te habia hecho rey de Oriente; ahora no eres más que una piedra, y de una piedra es de donde sale tu voz.» Análogas creencias hallamos en los autores cristianos atestiguadas por los milagros que se atribuyen á Apóstoles en los Evangelios apócrifos. Llegado á la India, el apóstol Bartolomé entró en un templo, donde estaba el ídolo de Astaroth... A petición del rey consiente en expulsar al demonio y, al día siguiente, entabla un diálogo con él... Entonces el apóstol le dijo imperativamente: «Si no quieres ser precipitado en el abismo, sal del ídolo y rómpelo y véte al desierto.» (*Ev. de Saint Barthélemy, ch. 1-6*).

Tenemos, pues, en apoyo de nuestra tesis numerosas y decisivas pruebas. Incapaz de separar la apariencia de la realidad, el salvaje que cree que la efigie del muerto está habitada por su espíritu, le ofrece sacrificios; y como la efigie del muerto se convierte despues en ídolo de un dios, los sacrificios que se le hacian son indudablemente inspirados por análoga creencia en un espíritu que lo habita.

¿Qué grado de semejanza con un sér humano es necesario para sugerir la presencia de un alma humana? Las imágenes que hace el salvaje son muy groseras. La estaca tallada que planta sobre una tumba, ó la figurilla de piedra que suspende á su cuello en lugar de una verdadera reliquia de un pariente, no se asemejan sino muy poco á un hombre, y en nada se parecen al individuo cuyo recuerdo despiertan. Y sin embargo, es lo suficiente. Si se considera con qué facilidad el espíritu primitivo, no contenido por el excepticismo, acepta la más leve sugestion, se comprenderá que baste la más ligera semejanza. Un árbol muerto que extiende de un modo raro las ramas que le quedan, ó una roca cuyo contorno perfilado en el cielo recuerda una figura de hombre, despertarán la idea de que los habita un sér humano. Mas por el pronto contentémonos con observar que estas semejanzas accidentales contribuyen á extender á objetos



diferentes la noción de espíritus que residen en los objetos materiales, y pasemos al exámen de causas más poderosas de las creencias fetichistas.

Vimos como el descubrimiento de plantas y de animales fósiles predispone el espíritu á suponer que ciertas cosas inanimadas son animadas. Ved ahí una espina fósil, y ved los restos de un pez petrificado. Si, como se vé en un árbol incrustado de sílice, la madera puede conservar su aspecto fibroso aun convirtiéndose en piedra dura, ¿acaso un hombre no podría tambien pasar bajo la forma de esta dura sustancia? Si el alma puede volver al cuerpo seco y endurecido de una momia, si puede albergarse en una imagen de madera, ¿por qué no podría hallarse presente en las masas petrificadas que semejan partes del cuerpo humano? Ved esos huesos extraídos de la tierra, pesados, petrificados, pero de una forma bastante semejante á la de los huesos del hombre para engañar al salvaje, como en tiempos pasados engañaron realmente á los hombres civilizados, á quienes hicieron creer en razas de gigantes. ¿Qué pensar de esto? ¿No son, como los demás restos humanos, visitados por los duplicados á quienes en otra época pertenecieron? ¿No volverán á estar animados algun día?

Sea ó no este el origen de los homenajes tributados á las piedras, es lo cierto que en determinados casos van acompañados de la creencia de que eran en otro tiempo hombres, y que revivirán al fin bajo forma humana. Segun Piedrahita, que ya he citado, los «Laches adoraban todas las piedras como á dioses, porque, decian, que todas habian sido hombres.» Arriaga dice que los Peruanos «adoran ciertas alturas y montañas, y grandísimas piedras... diciendo que fueron hombres en otro tiempo.» Avendaño les decia:

«Vuestros sabios pretenden que en otro tiempo en el Purmupacha habia hombres y ahora vemos con nuestros ojos que hay piedras, colinas ó rocas, ó islas del mar... Si estos huacas eran antes hombres, y si tenian padre y madre como nosotros, y Contiviracocha los ha convertido en piedras, ya no valen nada.»

Tales piedras están en la misma relacion con los espíritus que las habitan que las momias: testigo el relato de Arriaga, segun el cual el Marçayoc á quien se adora como al patron de la poblacion es «ya una piedra, ya una momia.» Las piedras están tambien en la misma relacion con los espíritus que los ídolos: pruébalo la relacion de Montesinos, que nos dice que «el Inca Rocca fué causa de que se separase de la montaña (cierto ídolo)... Dícese que un loco levantó el vuelo y se alojó en otra piedra, que aun se vé en el valle. Los Indios le tri-

butaron desde aquel momento grandes honores, y todavía le adoran.» Esta creencia halla su expresion definitiva en el relato que nos hace Molina de una reaccion hácia las antiguas creencias, que se produjo en 1560, cuando los sacerdotes nacionales decian que los espíritus de los antepasados, ó huacas, estaban furiosos contra los Peruanos que habian recibido el bautismo; y repetian que «la era de los Incas seria restaurada, y que los huacas no entrarían en las piedras ó fuentes para hablar, sino que se encarnarian en hombres á quienes harian hablar.» De la misma manera Winterboltom nos dice que en ciertas poblaciones de negros de Costa de Oro, cuando muere una persona, se toma una piedra de una casa destinada á este objeto; y que entre los Bulloms, las mujeres «hacen de vez en cuando sacrificios y ofrendas de arroz á las piedras que se conservan en memoria del difunto, prosternándose ante estas piedras.» Estos hechos, si no implican la creencia de que el muerto se ha convertido en piedra, suponen la de que su espíritu está presente en la piedra.

Este último hecho nos lleva á otro método por el cual se forman las concepciones fetichitas. Ya las prácticas de los hechiceros nos han familiarizado con la creencia primitiva de que la naturaleza de cada persona es inherente, no solo á todas las partes de su cuerpo, sino á su vestido y á las cosas de que se ha servido. Es probable que lo que ha conducido al hombre á esta creencia es la interpretacion que da al olor. Si el aliento es el espíritu ó el otro yo, la emanacion invisible que impregna los vestidos de un hombre, y que permite seguirle por sus huellas, ¿no es una parte del otro yo? Diversas palabras derivadas nos muestran aun la misma relacion de ideas. *Perfume* y *humo* vienen de una palabra empleada para significar el humo ó vapor, y entran en relacion con el vapor visible del aliento. *Exhalacion* expresa lo que es soplado por espiracion. En latin la palabra *nidor* se aplicaba igualmente al vapor de agua y á un olor; la palabra alemana *duft*, empleada para designar un olor delicado, significaba en un principio el vapor. De la misma manera que decimos hoy «el aliento de las flores,» como sinónimo del olor suave que exparcen, así en el lenguaje primitivo, el hombre asociaba el olor al aire expirado, el cual se identificaba con el alma. ¿No hemos llegado nosotros mismos á servirnos de la palabra *espíritu*, con la idea de sopro, para designar el vapor olorífico que se exhala de un objeto? ¿Y no es natural que el salvaje crea que el espíritu ha penetrado en el objeto de que el olor se desprende? Como quiera que sea, tenemos pruebas ciertas de que no solo al vestido, sino á piedras, se les suponía impregnadas por esta emanacion invisible, ya aliento, ya olor. Segun Ximenez, á la muerte de un gran señor en la Vera-Paz, «lo primero que se hacia era introducirle una



piedra preciosa en la boca. Otros pretenden que esto no se hacia despues de la muerte, sino en los últimos momentos. Se queria que la piedra recibiese el aliento del moribundo. » Análoga nocion se halla implicada en una práctica de los Mejicanos que, al lado de los restos de un hombre, «ponen una perla de más ó ménos valor que, dicen, le servirá de corazon en el otro mundo.» Las palabras corazon y alma son sinónimas para algunos pueblos de América. Lo mismo hallamos, bajo otra forma, en los naturales de la Nueva Zelanda. Mr. White, que reune muchas supersticiones de este pueblo en *Te Raou*, refiere una discusion sobre los espíritus de los muertos, en la que hace decir á un anciano lo siguiente:

«¿No ha salido todo de los dioses? ¿Es que el Kumara no es el dios que se oculta de miedo? ¿No comeis el Kumara? ¿El pescado no es otro dios que ha entrado en el agua? ¿No comeis pescado? ¿Los dioses no son espíritus, (es decir, espíritus de hombres)? ¿Por qué, pues, no teneis miedo de lo que comeis? Todo lo que se cuece envía el espíritu que contiene á las piedras sobre las cuales se cuece. ¿Por qué, pues, los ancianos devoran un hangi, lejos de las piedras que contienen el espíritu de la alimentacion que se ha hecho cocer sobre ellas?»

Así la creencia original es que de la misma manera que un cadáver ó una momia, ó una efigie, puede ser ocupado por un espíritu, así tambien puede serlo una piedra. Todos los hechos tienden á probar que la adoracion de objetos inanimados habitados por espíritus es realmente la adoracion de los espíritus que los frecuentan; y que el poder atribuido á aquellos objetos no es sino el que se atribuye á estos espíritus.

Naturalmente, esta idea, una vez admitida, se desenvuelve en todos los sentidos. Con ella facilítase desde luego la explicacion de todo lo que de notable se ofrece. Cuando se llega á considerar cómo una multitud de seres invisibles á los espíritus, cuyo número crece, y los cuales pierden una individualidad que antes se tenia muy presente en la memoria, cuando se imagina que los habitantes de la casa se codean con ellos, que se reunen en tropel en lo más intrincado de los bosques, que su número es tan grande que no se puede arrojar nada sin temor de dar en alguno de ellos, ¿cómo de los seres que pululan hasta el punto de haberlos en todas partes no provendrian las causas que la opinion popular señala á las cosas más comunes? De ello tenemos ejemplos en todas las razas.

En África, los Bulloms miran con terror, como el acto de un espíritu, «todo lo que les parece extraño y raro.» En el Congo, se llama á las conchas desconocidas «niños de Dios;» y los negros de Nuffi (en el Níger) asombrados de las dimensiones de un buque europeo, le adoraron. Los mismos hechos vuelven á hallarse en la Polinesia. Ellis cuenta que un trineo abandonado por Cook ó sus compañeros, era objeto de culto por los naturales. Habia en las islas Fiji un cocotero que se bifurcaba en dos ramas, y «tambien era objeto de una gran veneracion.» Otro tanto se observa en América. «Todo lo que un Dacotah no puede comprender, dice Schoolcraft, tiénelo por un sér sobrenatural.» Los Mandanos llaman sobrenaturales todas las cosas que no se presentan ú ofrecen habitualmente. Los Chipeuens, dice Buchanan, «cuando no comprenden alguna cosa, dicen que *es un espíritu*.» La misma idea imperaba entre los Peruanos, quienes, segun Acosta, «adoraban todo lo que en la naturaleza les parecia notable y diferente de los demás seres, porque reconocian en ello alguna divinidad particular.»

Así el carácter extraordinario que hace de una cosa un fetiche pasa por implicar la existencia de un espíritu que reside en ella, de un agente sin el cual, lo que la hace diferir de las cosas ordinarias no se sabia explicar. No hay tendencia á suponer gratuitamente la dualidad; solo cuando se percibe una apariencia, un movimiento ó un ruido insólitos en un objeto es cuando se forma la idea de que está habitado por un espíritu. Hablando de los Chibchas, Simon nos enseña que muchos de ellos rinden culto «á los lagos, á los ruisenores, á las rocas, á las colinas, y á otros lugares cuyo aspecto es sorprendente ó siquiera poco ordinario.» Decian que á veces «el demonio les habia significado por señas que debian adorarle en aquellos lugares.» La verdad de nuestra suposicion, á saber, que los espíritus invisibles que frecuentan los objetos materiales son aquellos á los cuales se dirige la adoracion, se manifiesta claramente en estos hechos. Los Indios nos facilitan otros ejemplos. Mr. Lyall, en el trabajo más arriba citado, aceptando la idea que se forma generalmente del fetichismo, resume el resultado de las noticias recogidas en la India, en una fórmula perfectamente de acuerdo con la explicacion que nosotros acabamos de dar.

«No es difícil, dice, comprender cómo la adoracion categórica primitiva de los objetos que parecian extraños se modifica pasando al rango superior de imaginacion supersticiosa. Primero, la piedra es la morada de un espíritu: lo que hay de curioso en su forma ó su posicion revela la *posesion*. Despues esta